

el que golpea parece decir: "Alabo al chico, pero en realidad no quiero significar eso. El niño no es bueno. ¿Cree usted que yo puedo golpear algo que codicio y admiro?" Por este sencillo acto la envidia sospechosa o implícita resulta negada y la madre se tranquiliza.

Algunas madres deliberadamente mantienen sucios a sus hijos y los visten con harapos, con lo que esperan protegerlos de la posible admiración haciéndolos repulsivos. Esta conducta es aún más característica de las madres tarascas de los pueblos adyacentes a Tzintzuntzan.

Los favores de la prometida

Un novio formal que adquiere una novia oficial, también puede ser objeto de la envidia de sus amigos solteros. Tomando a una chica del grupo de las casaderas, reduce la provisión que se deja a los demás y adquiere de este modo el acceso a los favores que todos los demás apreciarían. Este desequilibrio se declara simbólicamente, pero se remedia en seguida. En Tzintzuntzan la mayoría de los matrimonios se inician con el rapto. El joven, ayudado por sus amigos, "se roba" a la muchacha, la lleva a la casa de un pariente o amigo, tiene relaciones sexuales con ella y después anuncia sus intenciones de casarse con ella. En la mañana siguiente al rapto, se espera que la muchacha prepare un gran jarro de atole, una bebida de maíz muy estimada en Michoacán y muy consumida, tanto en ocasiones ceremoniales como en otras. Cuando los amigos del novio vienen a la casa donde ella está alojada, les da tacitas de atole. Parece que simbólicamente dice: "No hay razón para envidiar al amigo (el futuro marido); vamos, puedo hacerles también un favor, de modo que todos ustedes son iguales." En otras ocasiones la muchacha sirve el atole a todos los conocidos que han venido a hacer las paces entre las familias de la muchacha y del muchacho. Los informantes dicen que el motivo es que la muchacha quiere demostrar que es buena cocinera y que será capaz de atender a su futuro marido. Pero en vista del primer y más importante contexto del rito, parece probable que sea un recurso simbólico por cuyo medio muchas personas pueden participar en la felicidad de la nueva pareja.

Comida y envidia

Los hábitos alimenticios también reflejan el peligro de la envidia de los demás. Comer en silencio es una virtud primaria que se imbuye

a los niños desde la edad más tierna. Se les dicen cosas como ésta: "El ángel de la guarda está en la mesa." o "Cállate, porque el ángel de la guarda te está sirviendo los alimentos." Esta forma de la educación alcanza tanto éxito que aun cuando cien o más niños se reúnan en el patio para recibir el desayuno que les proporciona el gobierno, comen en un silencio casi absoluto. También los maridos, por lo general, insisten en que haya silencio mientras comen y algunas veces prohíben a sus esposas que platicquen hasta que se concluya la comida.

Los aldeanos más sofisticados que algunas veces comen fuera de sus hogares, en pequeños restaurantes o en los puestos del mercado, también conocen la extendida costumbre mexicana (e hispanoamericana y española) por la que un comensal que ve entrar a alguien, le dice: "¿Gusta? [usted comer]", que significa: "¿No quiere usted compartir mi comida?" El que entra contesta: "Buen provecho." Es decir: "Tenga buen apetito, ojalá que la comida le agrade", con lo que le afirma al que está comiendo que no hay razón para temer su envidia y que puede comer en paz. Por supuesto que el que entra nunca acepta la invitación y parece que la cortesía tiene la única función de reconocer que la envidia puede estar presente, y al mismo tiempo, de eliminar su razón de ser.

En una sociedad en que la comida es un artículo escaso, y en la que puede ser que muchas personas no la tengan en cantidad suficiente, un nativo al que se ve comer puede, probablemente, despertar la envidia. Un comensal al que se sorprende comiendo se siente obligado a pedir al intruso que se le una y, naturalmente, la oferta de comida es una expresión importante del reconocimiento de los lazos que unen a los miembros de la familia, los amigos, los vecinos y los compadres. Sin embargo, una hospitalidad extensiva puede ser dispendiosa. Guardar silencio en la comida se presta menos a llamar la atención sobre la buena fortuna de quienes comen, y concentrándose en la comida más que en la conversación, el que come reduce el período de exposición a las visitas inesperadas que le pueden suponer gastos adicionales.

El ser visto comiendo es potencialmente peligroso, y esta amenaza se refleja en las normas de la hospitalidad. Los huéspedes son invitados formalmente a comer sólo en las ocasiones rituales tales como un matrimonio, un bautizo o en la celebración del día del santo. La lista de invitados se forma con unos pocos invitados honoríficos y con parientes cercanos. A menudo —por ejemplo, tratándose de los padrinos de un bautizo— el anfitrión debe ir a la casa del invitado o invitados y escoltarlos por las calles hasta la casa. A otros se les hace la invitación en forma más informal, no a comer, sino a "acompañarnos", de

modo que no se dicen las palabras "alimento", "comida" y "comer". Cuando se me convida a una fiesta, la invitación es un modelo de estudiado descuido; el huésped desea dar la apariencia de que ha tenido súbitamente la idea de invitarme, al darse cuenta de que pasa frente a la puerta de mi casa, y no se menciona para nada la razón por la que se hace la comida. Sólo en algunas ocasiones se me ha pedido con franqueza y con uno o dos días de anticipación que asista a una fiesta en particular.

Cuando los invitados llegan a la fiesta, encuentran que la mesa ya está dispuesta, pero siempre hay por allí tablonces que fácilmente se pueden convertir en más mesas, pues casi seguramente se tienen que improvisar algunos lugares adicionales. Cuando he llegado temprano, algunas veces he preguntado quiénes o cuántas personas se esperan, pero nadie conoce la respuesta, y las familias prudentes siempre preparan lo que parece ser comida suficiente para todo el pueblo. En realidad, además de la lista fundamental de huéspedes, nadie puede saber de antemano quiénes llegarán hasta que el último rezagado cruce la puerta. Mientras el anfitrión acompaña por las calles a sus huéspedes de honor, adopta una actitud muy solemne, especialmente si se trata de padrinos que llevan en brazos a su ahijado. Los amigos y los parientes se asoman a la puerta y el anfitrión se siente compelido a invitarlos "a que lo acompañen". Algunos aceptan y otros no, pero toda predicción sobre esto es imposible. La suerte es lo que determina el grupo final de invitados en toda fiesta.

Los informantes dicen que la razón de que uno nunca pueda estar seguro sobre la cantidad de personas que han de asistir, es que los invitados de honor tienen el privilegio de invitar a sus amigos. Indudablemente hay algo de cierto en esta declaración. Diversos amigos de los convidados ciertamente se agregarán. Pero parece probable que el anfitrión, al menos subconscientemente, teme que algún vecino que lo ve con los invitados de honor, se sentirá envidioso, que los posibles efectos dañinos de su envidia sólo se pueden neutralizar invitando al tal vecino a compartir la convivialidad. Lo neutro y eufemístico de la fraseología para invitar parece reflejar un deseo de encubrir o de negar que se va a celebrar una verdadera fiesta, para que no corra la noticia y no se entere demasiada gente a la que habría que acomodar.

Una vez en la mesa, el anfitrión se disculpa abundantemente por la pobre comida, por muy elaborada y copiosa que pueda ser. Simultáneamente urge a los invitados a comer "con confianza" y les recuerda que él —el anfitrión— es un hombre humilde que tiene una pobre casa, y que se le debe perdonar su incapacidad para

atender a sus deseos en la forma que merecen. Tan fuertemente está imbuido este tipo de disculpas en la conducta de la hospitalidad, que el narrador que una vez me contó la historia de don Juan Cantimplata, se vio impelido a hacer que el Diablo se disculpara —no una, sino dos veces— con el tramposo muchacho héroe del cuento, a quien se ofrece una visita guiada, por la pobreza en que encuentra al Infierno. "Tienes que perdonarme por la forma como están las cosas", dijo el Diablo. "En realidad, apenas estoy empezando a arreglar este lugar." Es claro que un visitante ¡ni siquiera al Diablo debe envidiarle su Infierno!

El secreto que rodea a la comida se refleja igualmente en la costumbre universal de cubrir con una tela o un rebozo cualquier alimento, cocinado o no, que se lleva de una casa a otra, como parte de las normas del intercambio recíproco. Algunas personas, cuando se les pregunta, dan como causa que se protege así los alimentos del polvo o de los gérmenes; pero dado que la contaminación bacteriana apenas se considera en cualquier otro contexto, parece más probable que los ojos indiscretos sean considerados como el mayor de los peligros.

Velorios

Los ejemplos mencionados son de aquellos en que el *statu quo*, está amenazado porque alguien *adquiere* o *tiene* algo que otros pueden desear tener, y la conducta apropiada para la ocasión expresa simbólicamente la envidia y, al mismo tiempo la forma de enfrentar el peligro. La situación complementaria, aunque inversa, es aquella en que alguien *pierde* o parece estar en peligro por la dinámica del sistema. Esta forma de peligro y su neutralización se ve mejor en las costumbres de los velorios, de acuerdo con las cuales cada doliente llega con un regalo, por ejemplo, algunos pesos, unos dos kilos de frijoles o de maíz, velas o alguna otra cosa útil.

Los amigos, parientes y vecinos se sienten fuertemente compelidos a asistir a los velorios; consideran que es una parte muy importante de la norma recíproca que caracteriza las relaciones sociales dentro del pueblo. Con los regalos parecen decir a la acongojada familia: "Han sufrido una pérdida que lamentamos; pero no necesitan sentirse envidiosos de nosotros, pues traemos presentes que compensan la pérdida del ser querido." En esta forma simbólica se restablece el *statu quo*.

¡Salud!

La muy difundida costumbre tzintzuntzeña (y mexicana y española) de desear buena salud a una persona que estornuda, también puede explicarse de esta manera. Decir ¡salud! cuando estornuda alguien que está cerca, es casi una compulsión, y si no se le desea salud, el que estornuda se sentirá sumamente incómodo. Si alguien, por cualquier razón falla en decir ¡salud!, el estornudador puede, mitad en serio y mitad en broma, recordar al incorrecto su falta de buenas maneras diciendo: "Quiera Jesús acompañarme hasta que me encuentre con cristianos", dando a entender que esa compañía que no le desca salud es menos que humana. Pero ¿por qué un estornudo ha de ser un área sensitiva de cultura? En algunos de los pueblos tribales de México el estornudo está asociado con la pérdida del alma, lo cual lleva a la enfermedad y a una muerte posible. Esta creencia no se halla en Tzintzuntzan, pero, dice Micaela, y en esto es portavoz de su pueblo, "toda enfermedad empieza con un resfrío", cuyo principio frecuentemente se revela por el estornudo. Puede suponerse entonces que una persona que estornuda está en peligro de perder su salud, lo que lo puede convertir en envidioso de quienes la conservan. Consecuentemente, decir ¡salud! se convierte en una precaución elemental, y con ella se llama la atención de quien estornuda sobre el hecho de que se le desea que se conserve en buena salud y no se desea que caiga enfermo. Una diferencia en la salud de dos personas coloca al más acomodado de los dos en una posición potencialmente vulnerable. Por la misma razón, a la gente no le gusta que se diga que se le ve bien, puesto que esto implica que puede ser envidiado. En esas raras ocasiones en que uno expresa ese cumplimiento, el que lo recibe puede recordar al hablante que él, la persona que recibe la cortesía, hace apenas una semana que estuvo a las puertas de la muerte, o precisar, de cualquier otra manera, que su salud no es, ni con mucho, tan buena como lo implica la observación que sobre ella se hizo.

El síndrome del secreto

Parece haber dos formas fundamentales por cuyo medio las sociedades pueden enfrentarse con el temor a las consecuencias de la envidia, tácita o manifiesta: las personas o grupos que sospechan que se les envidia, pueden ocultar o negar sus ventajas, esperando vivir

primariamente de sus propios e inmediatos recursos; o pueden compartir u ofrecer compartirlas del modo más abierto, confiando en que en virtud de la ley ordinaria aquellas situaciones favorables les serán devueltas en un monto igual al que ellas dan. En las sociedades caracterizadas por una relativa igualdad, tanto la tacañería como la hospitalidad generosa —con la correspondencia que implican— parecen ofrecer aproximadamente el mismo acceso a las cosas buenas de la vida. Por razones que no son enteramente claras, en Tzintzuntzan, lo mismo que en otras sociedades campesinas, parece haberse adoptado la primera alternativa. La defensa inicial de la posesión es ocultarla o negar su existencia: el nacimiento se cubre con el secreto, el tabú de la cuarentena se levanta contra la madre que sale de su casa antes de sentirse fuerte de nuevo; el comer en silencio; cubrir los alimentos que se llevan por las calles; disculpas abundantes por la humildad de las viandas en las reuniones a que se invita; dejar que los niños permanezcan sucios y descuidados; vestir ropas harapientas; la renuencia a mejorar las casas, y el "Creo que es muy feo" que se dice implicando la negación del mérito que merece una cosa que se elogia.

La segunda defensa es ofrecer, simbólicamente, compartir algún Bien, sin esperar que se acepte la proposición; u ofrecer alguna compensación sustanciosa por tener buena fortuna o por carecer de la mala: el Gusta-Buen provecho, que es una invitación y un reconocimiento en los restaurantes; el "está a sus órdenes" como respuesta a la petición del remojo; el "en la casa de usted tiene a un nuevo servidor" con el que se admite que ha nacido un niño; el bolo en el bautizo; el atole que sirve la futura desposada, y los regalos que se llevan a un velorio.

Sólo como último e inevitable recurso, un tzintzuntzeño comparte u ofrece compartir el bienestar, y ello con pleno conocimiento de que ciertamente o muy probablemente será aceptado: invitar, además de los huéspedes de honor (a una comida solemne) a otras personas y, en el más extravagante de los gestos, patrocinar la mayor parte de una fiesta religiosa.

En cuanto a las razones por las que Tzintzuntzan, y la mayor parte de las sociedades campesinas prefieren la primera alternativa, es claro que el síndrome del secreto es, psicológicamente, más compatible con el punto de vista de la Imagen de la Limitación de lo Bueno acerca del mundo, que la conducta no acumulativa. A mayor abundamiento, la naturaleza física del pueblo, con casas sólidas, altas paredes, y puertas y ventanas cerradas, facilitan el secreto. Hasta cierto punto, una gran cantidad de buena suerte puede ocultarse,

cosa imposible en pueblos por ejemplo, de África, en donde la forma alternativa de la conducta es muy común, en donde las chozas con techo de paja y paredes de varas están colocadas unas junto a otras, en donde los olores de la cocina pasan fácilmente de un hogar a otro, y en donde la conversación puede alcanzar a ser oída por un vecino o un transeúnte.

1. Qué diferencia hay entre la envidia de las grandes ciudades y la de los pequeños poblados como en Tzintzuntzan?
2. Qué costumbres conoces que lleva a cabo la gente en México para disminuir la envidia?
3. Qué significado cultural tiene para nuestra gente el decir en cinta en lugar de estar preñada o embarazada?
4. Por qué usamos el bolo cuando se bautiza un niño?
5. Qué es el mal de ojo para la gente del pueblo?
6. Describe brevemente cuáles son las dos costumbres culturales que las gentes tribales usan para evitar la envidia.
7. Alguna o algunas de estas costumbres se tienen en tu casa o las has visto en otra casa o lugar? Si o No, si si qué piensas de la explicación que dá el autor?

George W. Foster es antropólogo social de gran renombre y autor de varios libros publicados por el F.C.E. En el presente estudio le atribuye gran importancia al estudio de las costumbres y tradiciones de los pueblos indígenas de México.